

PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO II

Polvo

Eugenio Viejo



Eugenio Viejo

**PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL
MENSAJERO II
Polvo**

Copyright: Eugenio Viejo García

Título original: *PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO II: Polvo*
Eugenio Viejo, 2005-2016



Índice de contenido

Cubierta

PÉSIMOS TIEMPOS PARA EL MENSAJERO II Polvo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Sobre el autor

«¿Quién habla de vencer? Basta con resistir.»

RAINER MARIA RILKE

«Estar privado de esperanza no es desesperar.»

A. CAMUS, «*El mito de Sísifo*»

I

Faltaba todavía un rato para que se pusiera el sol cuando acabamos de montar la tercera tienda en lo alto de la pequeña colina, formada por grandes peñascos rojos y una tierra amarillenta que se convertía en polvo al pisarla.

Lauro había elegido el emplazamiento sin titubear.

—Nos dará una posición dominante sobre todo eso —dijo, al tiempo que su brazo describía un semicírculo en el aire abarcando a los refugiados y sus chabolas.

Después consultó con Masah la dirección del viento, y ambos coincidieron en que lo más conveniente era instalar las tiendas mirando al noroeste y bien pegadas a las peñas. Así tendríamos las espaldas protegidas de los vientos del sureste, que son los que predominan en la región.

Los tripulantes italianos de los helicópteros que nos habían trasladado ayudaron a descargar el equipo y montar el campamento y se despidieron tan pronto como pudieron. Temían que la noche les sorprendiera en el vuelo de regreso a la base, situada al otro lado de la frontera somalí; yo también lo habría temido, en su lugar. Nos estrecharon la mano, subieron a sus aparatos y los pusieron en marcha. Un instante después los dos grandes pájaros metálicos pintados de verde oscuro se elevaron en medio de una gran polvareda y partieron con rumbo noroeste.

El polvo descendió lentamente sobre los grupos de mujeres y niños harapientos congregados en la cara norte de la colina, que vieron alejarse los helicópteros con la misma apatía con que habían asistido a nuestros esfuerzos de instalación y dieron media vuelta cuando entendieron que no teníamos nada que ofrecerles. Había cerca de un millar, en aquel contingente de fugitivos detectados días antes por una de las patrullas de reconocimiento aéreo. Y ellos no eran más que una gota del alud de

seiscientos mil somalíes que, a decir de las organizaciones de socorro, se habían internado en la parte oriental de Etiopía huyendo de las masacres que tenían lugar en su país.

—Hora de recogerse —rompió el silencio Irving—. No parece que nuestros clientes vayan a enviar una delegación de notables a darnos las buenas noches.

—No te preocupes, se mostrarán más corteses mañana, en cuanto vean llegar las primeras provisiones —le respondió Lauro.

—Los que sin duda vendrán serán los perros —dijo Irving.

Y probablemente tenía razón. Al menos eran los que más interés habían mostrado en nosotros hasta entonces. Una docena de canes famélicos, mestizos, con la piel costrosa y las orejas caídas. Los tripulantes de los helicópteros les habían tenido que alejar a pedradas en varias ocasiones, y al final se habían tendido en el polvo a una distancia prudencial gruñendo y mostrándonos los dientes.

—Podríamos realizar una inspección ocular para hacernos una idea del número de casos graves, al menos entre los niños —propuso Aurora.

—No creo que sea buena idea —objetó Lauro.

—¿Por qué no? —intervino Juan, que con Aurora era el encargado de las cuestiones sanitarias.

—Porque muy pronto va a oscurecer. Y además, antes conviene ver qué informes nos trae Masah.

—Lauro tiene razón —convino Irving.

Yo pensé lo mismo. El sol no era más que un disco color azafrán en la línea del horizonte y empezaba a dejarse sentir ya el frío propio de la vasta región árida en que nos hallábamos, según había leído en mi guía *Baedeker's*. Aun así, no me habría importado acompañar a Aurora en el primer encuentro con la masa anónima que nos rodeaba. Ella había notado en seguida la ausencia de hombres entre los refugiados y nos lo había señalado.

—Voy a preparar algo comestible con esas benditas raciones de campaña —anunció Irving—. ¿Algún otro voluntario?

—Yo te ayudo —me ofrecí.

—Vamos. Les obsequiaremos con un estofado suizo y algún postre neoyorquino.

Estábamos terminando de preparar la cena, en el interior de la tienda destinada a vivienda, cuando oímos a Masah regresar y reunirse con Aurora y Lauro al otro lado de la lona.

Las tiendas miden seis metros de largo por cuatro de ancho y dos de alto. Un zócalo de malla tupida recorre toda la parte baja, asegurando la ventilación, y un recuadro del mismo tipo practicado en una de las vertientes del techo hace las veces de tragaluz. Tienen cabida para ocho catres de lona dispuestos en dos hileras a ambos lados de la tienda, una pequeña mesa rectangular situada junto a la entrada, varias sillas plegables de lona y las estrechas taquillas de aluminio colocadas entre las camas. La iluminación es a base de lámparas de gas puestas sobre las taquillas.

Masah, nuestro intérprete y guía, estaba confirmando la observación hecha por Aurora: la mayor parte de los refugiados eran mujeres y niños, aunque también había algunos ancianos, además de un número de varones adolescentes que en su opinión bastarían para constituir un primer equipo de ayudantes.

—Habrás más, escondidos por ahí —dijo—. Ya aparecerán cuando vean llegar la comida.

—¿Cuál es su situación? —oí que preguntaba Lauro.

—Llevan meses huyendo, después de que los irregulares somalíes quemaran sus poblados y masacraran a cuantos se resistieron. Proceden de la zona de Abdul Ghadir y vivían del mijo y de las cabras. Hace más de una semana que se les agotaron las provisiones, y sobreviven a base de raíces y cuero cocido. No estaban preparados para vivir tanto tiempo a la intemperie y dicen que han tenido muchas bajas, sobre todo al cruzar los Montes Ahmar. Parece que se adentraron demasiado en Etiopía y les llevó varios días orientarse por las montañas. Allí perdieron lo que aún les quedaba de sus rebaños.

Los Montes Ahmar, una cordillera con picos de más de tres mil metros que recorre la Meseta Abisinia en dirección sur-noroeste, son esas montañas que se divisan desde la colina en que hemos instalado las tiendas. Puede decirse que aún estamos en sus contrafuertes. Los fugitivos de que hablaba Masah se habían detenido al fin en un punto situado entre las localidades etíopes de Jijiga y Awareh, en la planicie que se prolonga por el oeste hasta la frontera somalí.

—Creo que todavía mantienen los núcleos familiares —estaba diciendo Masah.

Debía referirse a los pequeños grupos constituidos en torno a los arbustos y los escasos árboles bajos y raquíuticos a cuyo pie habían improvisado sus covachas los desplazados.

—¿Y agua? —se interesó Juan.

—Dicen que han encontrado alguna a tres kilómetros de aquí; una charca que según ellos no se seca.

—¿Y por qué no se han quedado allí? —quiso saber Aurora.

—Miedo. Está más cerca de la carretera que va a Jijiga y temen que los etíopes les descubran. Además, dicen que allí no hay árboles, que alguien los taló.

—Mañana habrá que ver esa charca —concluyó Juan.

Comimos en silencio durante un buen rato. Todos teníamos hambre.

—A este jamón cocido le falta sal —comentó al cabo Lauro, terminando de vaciar la lata de conservas finlandesa—. Y el queso parece hecho de plástico.

—Ya salió el gourmet —se defendió Irving.

—Pues las galletas de trigo integral son muy frescas —buscó el lado positivo Aurora.

—¡Galletas de trigo integral! —se dolió Lauro—. No, en serio. A partir de mañana organizamos los turnos de cocina; al menos, hasta que Masah encuentre alguna cocinera entre esas buenas gentes.

—Creía que habíamos venido a dar de comer al hambriento, y no a buscar buenas cocineras —replicó Irving.

—Y de beber al sediento —se le sumó Juan.

—Para poder hacer lo uno y lo otro, antes hemos de cuidarnos de nosotros mismos, por eso de que la caridad empieza en casa —desarmó la pulla Lauro.

—Enseñar al que no sabe —ironizó Irving—. Y tú, ¿qué piensas? —buscó apoyo en Aurora.

—Todos tenemos mucho que aprender y algo que enseñar.

—Ecuánime, como de costumbre.

—Deformación científica, si acaso —corrigió ella.

—Me parece que todos estamos cansados —dijo Lauro.

Y tenía razón. Me levanté y me acerqué a la entrada de la tienda, cerrada con cuatro pasadores verticales que unían sus dos mitades. Descorrí el par de arriba y comprobé que la noche había caído mientras comíamos.

—¡Eh, benjamín, no te vayas! —me pidió Lauro—. Vamos a organizar los turnos de guardia para esta noche.

—No me voy —dije sin volverme.

En lo alto brillaban estrellas y constelaciones que no reconocí.

—Tú, Juan, te encargas con Masah del primer turno, y os alojáis en la tienda hospital —decidió Lauro.

—De acuerdo —aceptó Juan.

—Irving y Albert, el segundo turno y la tienda de los suministros y la radio.

Dejé que Irving asintiera por los dos, pero me llevé una sorpresa.

—Preferiría el tercer turno y la compañía de Aurora —dijo.

Me pareció que empleaba el tono burlón que ya le había notado otras veces y que yo aún no sabía cómo interpretar.

—Ya sabemos lo que preferirías —le respondió Lauro, malicioso—. Pero nuestra palomita estará más segura conmigo. Y tal vez más a gusto, ¿eh, Aurora?

—Eso debería decidirlo ella, ¿no? —se tiñó de vehemencia la ironía de Irving.

—No seáis pesados —medió Aurora—. Además, os advierto que ronco bastante.

Me volví a mirarles. Lauro se rascaba la barba entrecana, disimulando una mueca burlona. Le gustaba provocar, sobre todo a Irving. Juan limpiaba en silencio los cristales de sus lentes y Masah terminaba de meter en una bolsa de plástico los botes y cajas de conservas vacíos.

—Entonces, decidido —concluyó Lauro. Y tomando el termo en una de sus grandes manos velludas, añadió: —¿Alguien quiere una última taza de té?

Ante el silencio general, enroscó con cuidado la tapa de plástico y nos despidió.

—*Alora, buona notte a tutti.*

—*Good night, chief* —devolvió Irving, siendo el primero en ponerse en pie.

Juan le siguió con un «Buenas noches, Aurora».

Yo también me despedí, mientras sostenía la lona de la tienda alzada para que salieran los otros.

—Que descanséis —nos deseó Aurora.

II

A todos ellos, salvo Masah, les conocí en la sede de la Organización en Ginebra. Primero fui presentado a Lauro, un milanés de cincuenta años con más de veinte de experiencia en trabajos de asistencia humanitaria. Aunque nadie me lo dijo, comprendí que recibir su visto bueno era imprescindible para que se me aceptara en la misión, la primera de esa índole en la que yo iba a participar. Pero no hubo problemas. Me hizo algunas preguntas de carácter general, mientras leía mi *currículum vitae*, me gastó un par de bromas al tiempo que se pasaba las yemas de los dedos por el cráneo pelado, y me dio luz verde. Cuando sonrió al despedirme, vi por primera vez los enganches de platino que sujetaban sus muelas postizas a ambos lados de la boca. Todavía hoy no sé si realmente le caí bien, como parecía demostrar el palmeteo en la espalda con que me despidió a la puerta de su despacho, o si todo ello no fue más que una comedia destinada a legitimar lo que las influencias de mi familia habían asegurado de antemano. Al fin y al cabo, los pasillos de la Organización en Ginebra rebosaban de jóvenes con un historial universitario tan brillante como el mío pero con nulas posibilidades de encontrar un empleo o ser aceptados como voluntarios para una misión. Me gustaría pensar que el hecho de que mis diplomas sean de sociología y antropología tuvo algo que ver con que me eligiera a mí y no a otro candidato, aunque sé que en Ginebra llevar un apellido como el de mis antepasados puede ser más importante que la magnitud de las cuentas bancarias de la familia. Un día se lo preguntaré a Lauro, para salir de dudas.

La siguiente vez que le vi estaba rodeado del equipo.

Aurora, la médica de la misión, nacida en Chile pero criada en la India y en África debido a la trashumancia de sus padres diplomáticos. Al menos diez años más joven que Lauro, a juzgar por los cabellos cortos de un negro natural y la tersura de un rostro más armonioso que bello. Ojos color

melaza que todo lo miran con igual sosiego y labios fruncidos en una eterna sonrisa de tolerancia. Un poco baja de estatura, pero ágil y sin un gramo de grasa superflua en el cuerpo.

Juan, el español serio y taciturno, con sus lentes para ver de lejos y un desaliño en el vestir que al principio me pareció rebuscado en un hombre de cuarenta y cinco años, aunque pronto comprendí que era producto de su desidia natural para esas y otras cosas. Capaz de transmitir entusiasmo, a pesar de su brusquedad habitual. Más de una vez me había preguntado qué podía estar pensando, cuando se quedaba con la mirada perdida en el horizonte como si esperara algún mensaje secreto.

Y el tercero, Irving, un judío de Brooklyn que a sus treinta años me llevaba casi cinco y que de entrada me pareció un cabeza rapada que se había equivocado de película, con su cráneo mondo y esas botas de motorista que perdió la *Harley Davidson* en alguna curva de California y aún no lo había aceptado, pero que luego resultó ser un genio de las computadoras y los aparatos de radio, además de pintor y escultor. Se decía que era gay y que había llegado a la Organización después de perder un montón de amigos devorados por el SIDA, y la verdad es que la noche antes de nuestra salida de Ginebra se puso pegajoso y un poco pesado con sus bromas, en el restaurante donde nos dieron la cena de despedida; pero no fue el único, y había bebido.

Todos bebimos algo más de la cuenta, y tal vez por eso de *in vino veritas*, aquella noche me di cuenta de que los años de trabajar juntos y compartir toda clase de experiencias habían creado entre ellos cuatro unos vínculos secretos que me llevaría mucho tiempo desentrañar y más aún compartir. En cuanto a Irving, desde que la misión misma comenzó con nuestra llegada a Hargeisa, su comportamiento ha sido intachable. Además, en todo lo que hace es de una eficacia asombrosa.

En Hargeisa precisamente se nos unió Masah. Trabaja para la oficina local de la Organización, y afirma ser mitad somalí y mitad etíope, aunque tengo la impresión de que puede ser lo que más convenga según las circunstancias. Por otra parte, nada tendría de extraordinario que lo que dice fuera cierto, en esta región de fronteras nacionales poco claras y clanes con sus integrantes repartidos a uno y otro lado de la linde. Debe rondar los cincuenta años, el color de su piel es más rojizo que negro y sus cabellos son muy rizados. Por su porte y estatura me recuerda a Hailé Salassie, aunque tal vez sea mezcla de somalí y de galla. En todo caso,

conoce bien a esta gente, y en la oficina de Hargeisa aseguraron que es el mejor de sus colaboradores locales y que podemos fiarnos de su capacidad.

Buena falta nos va a hacer, me parece. Ayer, cuando salimos hacia aquí, nadie daba un chavo por el éxito de las negociaciones que las Fuerzas de Pacificación y la Organización mantienen en Harar con el caudillo que controla el norte de Somalia. En cuanto a los etíopes, aunque les permiten reunirse en Harar, se han desentendido claramente del problema, dejando que los clanes somalíes enfrentados utilicen toda esta zona como campo de batalla. Claro que tampoco pueden hacer otra cosa, al menos por ahora. Bastante tienen con restañar sus propias heridas y evitar que resurja el movimiento independentista en Ogadén.

Bueno, ya está bien de escribir. Irving hace rato que duerme en su rincón, y dentro de dos horas empieza nuestro turno de guardia. Los perros no paran de ladrar.

III

Esta mañana, al final de su guardia, Lauro se ha ido con Masah a hacer una primera inspección del lugar ocupado por los refugiados. Incluso él, tan curtido, ha vuelto desalentado por lo que han visto. Aun así han conseguido un resultado positivo: han descubierto a Selim.

El mismo no sabe cuántos años tiene, pero no creo que pase de quince. En todo caso, parece ser el mayor de los adolescentes varones que hay entre esta gente. También hay un puñado de ancianos, pero se han mantenido alejados. Según Masah, antes de manifestarse quieren ver lo que pueden esperar de nosotros. Eso ha hecho que Lauro se negara de nuevo a permitir que Aurora y Juan comenzaran a estudiar la situación de los niños. Dice que mientras no hagamos el primer reparto de alimentos no se puede esperar ninguna colaboración. Sería empezar con mal pie, según él. Y Masah le da la razón. Claro que siempre se la da.

Por otra parte, es verdad que Irving estableció contacto radial con el convoy, poco después del amanecer, y le dijeron que esperaban llegar hacia el mediodía. Pero la tensión duró toda la mañana, y cada cual se buscó algo que hacer para estar lejos de los demás. Unas decenas de mujeres y niños se acercaron a las tiendas y se sentaron en el polvo, dispuestos a observarnos. Si ellos son los que en mejores condiciones están, el espectáculo ahí abajo debe ser horrible. Irving sacó en seguida su cuaderno de apuntes y se puso a hacer esbozos de las mujeres sentadas con las piernas recogidas, el pañuelo tapándoles hasta las cejas y una criatura famélica acurrucada en el regazo. Con ellos han subido las moscas. Se los comen vivos sin que sean capaces de hacer nada por evitarlo.

¡Ah, me olvidaba! Selim chapurrea el italiano, y hemos hecho buenas migas en seguida. Parece que se lo enseñaron unas monjas italianas de la escuela de su distrito, antes de que los marxistas las echaran. Desde luego es un chaval despierto. Y tiene un increíble sentido de la dignidad, habida

cuenta de las circunstancias. Va vestido con una larga túnica que en su día debió ser blanca. Turbante blanco y pañuelo del mismo color colgado del cuello. Una especie de blusa de manga larga y pantalones holgados también de algodón blancos. Y lo sorprendente es que todo luce relativamente limpio, aunque es posible que la impresión de blancura tenga algo que ver con el tinte chocolate de su piel. Sus facciones son regulares, con ojos oscuros relucientes y alerta; nariz corta y ancha; pómulos marcados y unos dientes regulares que relucen en medio de la tez oscura, cada vez que sonríe. Y lo hace a menudo, aunque afirma que lleva diez días sin comer nada confesable y que hace más de un mes que salieron huyendo de su aldea incendiada. Le he dado un paquete de galletas de mi ración personal.

Selim había dicho que reuniría dos docenas de chicos para que nos ayudaran, si llegaba el convoy, y por lo menos en eso ha cumplido.

Estábamos ante la entrada de la tienda vivienda, escuchando a Lauro fantasear sobre el menú que nos iba a ofrecer para el almuerzo, cuando Selim llegó a todo correr anunciando la novedad.

—Hay una nube de polvo avanzando hacia nosotros —jadeó.

Es posible que su jadeo obedeciera más al miedo que a la carrera. Yo nada vi, por más que miré hacia poniente, que es por donde pasa la carretera. Lauro entró en la tienda, tomó unos prismáticos y tan pronto como los enfocó en la dirección señalada por Selim confirmó sus palabras.

—Por las dimensiones de la polvareda, diría que son ellos.

Se metió con Irving en la tienda almacén, para intentar establecer contacto por radio.

—Buen trabajo —dijo Juan a Selim, palmeándole la espalda.

El chico le dedicó una sonrisa radiante y salió disparado hacia las chabolas, que al instante comenzaron a hormiguear.

El convoy llegó media hora después. Hacía dos días que habían salido de Hargeisa, según explicó el jefe de los tres vehículos blindados que escoltaban a la media docena de camiones cisterna, otros tantos con suministros y el Nissan todoterreno de seis plazas que nos enviaba la oficina local, según lo convenido. Podrían haber hecho el trayecto en la mitad de ese tiempo, pero en Nabadid, el último pueblo somalí por el que pasaron camino de la frontera, les dijeron que la única carretera que entra en Etiopía por esa zona estaba minada. Aunque resultó no ser cierto, perdieron casi media jornada en comprobarlo. Luego, en Jijiga, dentro ya de Etiopía, fueron interceptados por un destacamento de irregulares al que

hubieron de entregar parte de los alimentos y gasolina, para no tener que abrirse paso a tiros. En eso perdieron otra media jornada. Lo primero que nos dijo el jefe del convoy es que el campamento está demasiado cerca de la frontera para nuestro bien. Convendría trasladarlo cuanto antes.

Pero en fin, aquí estaban. Selim se presentó con una treintena de chicos algo menores que él y un par de ancianos envueltos en harapos que se dedicaron a observar toda la operación de descarga de los camiones apoyados en los palos que les servían de báculos. Los chicos demostraron una voluntad de trabajo que nadie habría creído posible en sus cuerpos macilentos. Se dividieron en grupos de a tres, tomando cada grupo uno de los sacos de harina o cereales con las palabras RELIEF FROM UE escritas en grandes letras azules y trayéndolos hasta la tienda almacén, donde Irving y yo los apilamos en hileras paralelas a uno y otro lado del recinto. Si alguno de los sacos tenía un agujero, se llenaban el cuenco de las manos de harina y se la llevaban a la boca, devorándola a lametazos. Claro, en seguida se atragantaban y se ponían a toser, doblándose de dolor. Irving tuvo que darles agua para que no se asfixiaran allí mismo.

De los recipientes de agua, unas garrafas de plástico cuadradas con capacidad para veinte litros, se encargaron los chóferes de los camiones y los soldados de la escolta. Eran demasiado tentadoras para dejar que las tocaran los chicos. Lo mismo ocurrió con los bidones de petróleo y queroseno y las grandes cajas de cartón con medicinas. Los bidones, de cien litros cada uno, los pusimos en la fosa que Juan y yo cavamos ayer entre unas peñas alejadas de las tiendas, aunque bien a la vista. Los medicamentos se metieron directamente en el hospital, donde Aurora dirigió su desembalaje y almacenamiento en el armario metálico, protegido por un candado impresionante que ella misma seleccionó en Hargeisa. También han llegado el pequeño refrigerador de gas para las vacunas, los catres y la mesa de operaciones para el hospital.

Cuando terminamos de descargar y de decidir dónde convenía guardar el todoterreno eran las cuatro de la tarde. A mí me dolía todo el cuerpo y con gusto me habría sentado a devorar una de esas raciones de campaña, pero no hubo caso. Teníamos a toda la masa de refugiados hambrientos agitándose a nuestro alrededor. Varios perros estuvieron a punto incluso de meterse en el almacén, en un descuido de los soldados. Irving los espantó y uno de ellos le lanzó una dentellada que no le alcanzó de milagro. Se defendió bien, asestando al chucho una patada en el hocico que le mandó

por los aires babeando sangre, pero luego se puso a gritarles a los soldados. Creo que estaba un poco histérico.

Bueno, el caso es que no hubo manera de comer. Tuvimos que ocuparnos de los refugiados. Y la verdad es que no sé qué habría pasado, de no ser por la presencia de los militares y los ancianos. Ahí fue donde me di cuenta de la importancia de éstos. Porque la turba de madres con hijos esqueléticos colgándoles por todos lados y cubiertos de moscas no querían saber nada de colas ni de turnos. Pero Lauro se mostró inflexible en eso, supongo que por experiencia.

Hizo colocar a un lado la pila de escudillas de plástico y a otro las garrafas de agua, con los soldados protegiéndolo todo, y él y Masah se encargaron de servir a la hilera de mujeres que llegaban ante ellos de una en una. Es decir, antes se ocuparon de los ancianos, que resultaron ser casi un centenar. Y nos aseguraron que aún había más, aunque se habían quedado en las chabolas porque no podían tenerse en pie. Lauro les respondió que eso habría que comprobarlo. El caso es que mientras él y Masah entregaban el agua y la harina de sorgo, y yo distribuía una ración de grasa vegetal por persona, Aurora y Juan aprovecharon para echar una ojeada a los niños, pintando a los que se hallaban en peor estado con un hisopo impregnado en tintura de yodo que les pasaban por un brazo o una pierna, según podían. Las criaturas lloraban de espanto, y me parece que las madres no estaban menos impresionadas. Pintaron a casi todos.

Cuando quisimos darnos cuenta faltaba muy poco para la puesta del sol. Lauro conferenció con el jefe de los militares, un danés muy campechano, y aceptaron quedarse a pasar la noche con nosotros para proteger los suministros. Aunque no creo que la idea de cruzar esa planicie polvorienta y pedregosa casi a oscuras, en busca de la carretera, les entusiasmara mucho.

Ahí fue cuando Juan y Aurora propusieron empezar a repartir las mantas y los hornillos entre los refugiados, pero Lauro se opuso rotundamente.

—Los que no se hayan muerto de frío hasta ahora, no lo van a hacer precisamente esta noche en que por fin tienen unas calorías que echarse al cuerpo —dijo, hundiendo los dedos en la barba entrecana—. El reparto de las mantas, los hornillos y el queroseno tiene que servirnos para hacer el censo. Además, si se lo entregamos esta noche, los más fuertes aprovecharán la oscuridad para arrebatarnos lo suyo a los débiles, y mañana tendremos que hacer otro reparto.

Masah, por supuesto, estuvo de acuerdo. Pero lo bueno es que también Selim lo estuvo, después que ambos hubieron conferenciado con la media docena de ancianos que parecen llevar la voz cantante en cuestiones de autoridad. Yo me alegré. Sólo de pensar que podía tener que ir chabola por chabola entregando su equipo a cada uno de los espectros que acababan de desfilar ante mis ojos, se me doblaban las piernas y el estómago se me revolvía.

Cuando por fin terminamos de montar la mesa de operaciones, los catres y el sistema de iluminación del hospital, todos estábamos derrengados. Reunidos en la tienda, cada cual comió como pudo, recurriendo a las raciones personales. Luego, el jefe de los militares nórdicos anunció la grata novedad: esta noche las guardias correrán por su cuenta. Pero esa fue la única noticia positiva. Todas las demás son bastante desalentadoras.

Para empezar, las negociaciones de Harar se interrumpieron ayer tarde sin que se alcanzara ningún acuerdo, y se sospecha que los etíopes pueden haber pactado con las bandas de irregulares somalíes.

—El pacto consistiría en que los etíopes permitirán a los somalíes adentrarse en el sur de Etiopía, para que desde allí puedan atacar por el flanco a los clanes galla que controlan la Somalia central y meridional, a fin de cortarla en dos a la altura de Garöwe en el oeste y de Ra's el Cheil en la costa oriental y, si pueden, apoderarse de Mogadiscio —explicó el comandante, entre bocanadas de humo.

—Si esa sospecha se confirma —añadió—, toda esta zona quedará en el camino de los irregulares somalíes, que evidentemente utilizarán para su avance la carretera que va de Jijiga a Awareh, lo mismo que hemos hecho nosotros.

—¿Cuánto tiempo les llevaría? —dijo Lauro.

—Muy poco, si los etíopes les dejan actuar sin impedimentos.

Y con tan alentadoras perspectivas se ha terminado la sesión informativa.

Esta noche, además de Irving y yo, también duerme en el almacén Selim, que según parece ha quedado incorporado de hecho al grupo, con la aquiescencia de Lauro y para satisfacción de Irving, que está muy preocupado por los perros y ha colocado su catre al fondo de la tienda, junto al radiotransmisor y rodeado de sacos.

¡Ah, otra cosa! Antes de cenar, mientras nos quitábamos la mugre como podíamos, Aurora ha plantado unas misteriosas semillas en una

especie de huerto que ha improvisado entre las rocas, junto al almacén.

—¿Qué plantas? —le he preguntado.

—Ya lo verás, cuando crezcan.

—¿De verdad crees que van a crecer?

—¿Por qué no? Es una planta muy resistente.

—No sé... Y aunque crezcan, lo más probable es que para entonces ya no estemos aquí.

—Otros las aprovecharán.

Su confianza me desconcierta.

IV

Hace cinco días que se marcharon los soldados y es la primera vez que puedo sentarme un rato y abrir el cuaderno. La situación era peor de lo que habíamos imaginado. O al menos, de lo que yo había imaginado. Me parece que los otros, por su experiencia, tenían una idea más cercana a la realidad. Por lo menos Aurora y Juan. Y desde luego también Lauro. De Irving no sé; es tan reservado, que resulta difícil saber lo que piensa realmente de cualquier cosa. Aunque a lo mejor no lo es tanto como él pretende; a veces me da la sensación de que la ironía es una máscara con la que se protege. Como si hubiera visto y sufrido demasiado y llevara perpetuamente puestas unas gafas ahumadas que le ayudan a no ver las cosas en toda su crudeza. No sé.

Bueno, hicimos el censo. Son casi dos millares. Mil criaturas de entre uno y trece años; seiscientas ochenta mujeres, y el resto ancianos. Claro que desde entonces han muerto muchos, sobre todo niños. Probablemente más de un centenar, a pesar de los esfuerzos de Aurora y Juan, que estuvieron dos días y dos noches vacunando y curando sin parar. Adultos también han muerto, por supuesto. Para muchos llegamos demasiado tarde. Los primeros días han sido terribles. Cuando empecé a ayudar a Juan en lo de las chabolas y las letrinas, quiero decir. Lo peor era ver a los niños salir desnudos a cuatro patas de las covachas improvisadas al pie de los árboles o los arbustos, con la piel cubierta de llagas adherida a los huesos y del mismo color que la tierra por la que se arrastraban, como si llevaran meses comiendo esa misma tierra. Tan pronto como la papilla de leche en polvo reforzada con sales minerales y harina que las madres conseguían meterles por la boca a base de paciencia les daba un poco de energía, abandonaban arrastrándose las chozas para morir al sol, cubiertos de moscas golosas de la humedad de sus ojos o llagas. Me voy acostumbrando, pero al comienzo fue atroz. No pegué ojo en sesenta horas.

Lo primero que hicimos fue reforzar las chabolas. Como se negaron a quitar las pieles de cabra hediondas y los harapos tendidos sobre los arbustos o prendidos de las ramas bajas de los árboles para protegerse del sol abrasador y del frío nocturno, Lauro decidió que lo recubriéramos todo con las lonas impermeabilizadas. No cabe duda que eso es bueno por la noche, pues les da más abrigo, pero de día convierte las chozas en hornos. Por eso las criaturas escapan de ellas, avanzando por el polvo como escarabajos moribundos. Y el caso es que no podemos hacer más. Aurora ha llenado a rebosar la tienda hospital. Dos y hasta tres criaturas por catre, de lo poco que abultan. Y más de una veintena en lonas que hemos extendido por el suelo, aprovechando los huecos entre las camas. Ni siquiera sé cómo consigue caminar sin pisarlos. Y en cuanto a los alacranes, que pululan por doquier, mejor no pensar en ellos.

Luego cavamos las letrinas, después de consultar con los ancianos. Para ello, Juan organizó a los chicos con ayuda de Selim, que le sigue a todas partes como si fuera su mascota, y les indicó dónde tenían que hacer los hoyos, a unos cuarenta metros del campamento. Excavamos dos zanjas muy largas y bastante profundas, una para los hombres y otra para las mujeres. Pusimos unas tarimas de madera alrededor, y luego Irving improvisó una empalizada, empleando arpillera de los sacos vacíos y restos de lonas impermeabilizadas. Se negaron a que pusiéramos cualquier tipo de techo, y tras perder unas horas en discusiones vanas, Lauro se plegó a la exigencia de los ancianos, después que Masah le asegurara que en esta época del año no hay riesgo de que caiga una gota de agua por estas latitudes.

Lo importante era conseguir que usaran las letrinas, en vez de hacer sus necesidades junto a las chabolas en que viven. De cualquier modo, cuando se instale el campamento definitivo, se excavarán letrinas de pozo unifamiliares, según Lauro. Lo curioso es que las mujeres eran las más reacias a lo de las letrinas, y los ancianos hubieron de emplearse a fondo para convencerlas. Al final resultó que temían que los niños se cayeran dentro, sobre todo de noche. Así que hubo que cubrir bien las zanjas, entre agujero y agujero, y además Irving ha instalado un sistema de iluminación parecido al del hospital. Junto a las zanjas ha quedado la tierra extraída, para ir tapando los excrementos. Según Juan, también habrá que echar capas de ceniza y queroseno, para ayudar a mantener la higiene y combatir las moscas y otros insectos. Las zanjas se llenarán en cosa de una semana, y entonces habrá que excavar otras.

El agua va a ser un problema serio incluso si el convoy vuelve pasado mañana, como está previsto. Juan dice que se necesitan por lo menos quince litros de agua diarios por persona. Por eso es tan positivo que Irving y Masah hayan confirmado la existencia de la charca de que habían hablado los refugiados. Irving, tan ágil como siempre, ya había pedido a los de Hargeisa que nos mandaran tuberías de plástico y una bomba con motor de gasolina, para traer el agua desde la charca hasta el campamento. Pero Lauro ha cancelado el pedido. Según él, en caso necesario los bidones de queroseno vacíos pueden llenarse de agua y luego potabilizarla con cloro, mientras se llega a una decisión sobre el lugar definitivo del campamento. Irving ha aceptado en silencio la anulación de su iniciativa. En cambio, para evitar que esta gente siga quemando leña en las hogueras nocturnas que encienden con el propósito de mantener alejadas a las hienas, ha instalado un bidón en cada punto cardinal del campamento y, con la ayuda de Juan, los han convertido en grandes focos a cambio de un consumo razonable de petróleo.

Había que hacerlo, después del incidente de anoche. Porque todo el mundo, desde Masah y Selim hasta yo mismo, que aún no entiendo mucho de eso, estamos convencidos de que fue una hiena o un perro salvaje, lo que intentó meterse anoche en el almacén, aunque Irving insiste en que fue uno de los perros de los refugiados. El caso es que tuvo un ataque de pánico y nos despertó a grandes voces, exigiendo a Lauro que se diera muerte esa misma noche a los chuchos. De lo contrario, se iría a la primera oportunidad. Estaba realmente fuera de sí, y no hubo manera de calmarlo hasta que comenzó a amanecer. Entonces Juan lo convenció para que permitiera a Aurora inyectarle un calmante y al fin se quedó dormido. Aurora cree que esa reacción tiene algo que ver con su pasado. Con los amigos que al parecer vio morir de SIDA. Desde entonces le aterra la posibilidad de sufrir la menor herida o infección. Y sin embargo aquí está, rodeado de seres con el vientre hinchado por las amebas, el cuerpo cubierto de pústulas y todas las enfermedades contagiosas imaginables. Yo no logro entenderlo, aunque Aurora dice que no hay contradicción. El caso es que tan pronto como se despertó exigió a Lauro convocar una reunión con los ancianos. Quería convencerles de la necesidad de sacrificar a los perros, pero claro, los ancianos se negaron rotundamente. Dicen que son su única protección. Que nosotros podemos irnos cualquier día, lo mismo que llegamos, y entonces no tendrían más defensa ni ayuda que la de los chuchos.

Eso me recuerda la conversación que les oí anoche a Juan y Selim. El chico pidió pasar al hospital, y Aurora y Juan convencieron a Lauro de que es capaz de aprender y ayudarles a cuidar a los enfermos, además de que para las guardias nocturnas necesitamos alguien más seguro que Masah, que tan pronto como anochece desaparece entre las chabolas, en busca de alguna niña. Ese es otro asunto que no sé cómo terminará. Lauro se niega a intervenir, a pesar de las protestas de Irving y Aurora. Dice que mientras los ancianos no planteen la cuestión nada se puede hacer. Y lo curioso es que no hay indicios de que vayan a plantearla. El mismo Selim parece considerarlo natural.

—Cada uno da lo que tiene —dijo cuando Aurora le preguntó cómo era posible que las mujeres aceptaran los desmanes de Masah con las niñas, a cambio de un poco de agua y comida extra.

El resultado es que ahora Masah comparte con Lauro la tienda destinada a vivienda, en la que sólo quedan dos camas: las otras han ido a parar al hospital.

Bueno, volviendo a la conversación de anoche. Yo había ido a orinar entre unas peñas apartadas y al regresar vi a Juan y Selim sentados a la entrada del hospital, envueltos cada uno en su manta. Estaban mirando el cielo, y oí que Juan preguntaba en ese momento:

—¿Cómo se llama aquella constelación, Selim?

—No conozco el nombre en su idioma, señor —respondió el chico.

—¿Y en el tuyo, cómo la llamáis?

—En el nuestro la llamamos *El perro que ladra*.

—¿Y a quién le ladra, Selim?

—A la oscuridad del cielo, señor.

Me alejé sin que me vieran y fui a reunirme con Irving, despierto aún y trabajando en su cuaderno de esbozos. Dibuja siempre que tiene ocasión. Mujeres, criaturas, ancianos apoyados en sus báculos o sentados al sol; las chozas o el paisaje seco y pedregoso que nos rodea, con la línea de los Montes Ahmar temblando en el horizonte. A nosotros mismos nos ha dibujado decenas de veces, aunque sus preferidos parecen ser Juan y Selim. Pero sigue sin dibujar las caras. Ni una sola de sus figuras tiene rostro, a pesar del detallismo que pone en captar todo lo demás. En su lugar dibuja óvalos o perfiles vacíos.

Creo que Irving considera el traslado de Selim al hospital como una traición.

V

Ayer, doce de septiembre, fue el año nuevo etíope. Parece que ellos van ya por 2002, según me explicó Masah.

En todo caso, la jornada no tuvo nada de feliz. Para empezar, a mediodía murió Alina, la niña a la que Aurora llevaba varios días tratando de salvar por todos los medios. Incluso había permitido a su madre instalarse con ella en un rincón del hospital. Pero habría sido un milagro. La niña tenía el rostro arrugado y cuarteado de una anciana, a pesar de que aún no había cumplido diez años, y la piel oscura le colgaba en pliegues. En cambio los ojos le relucían con una intensidad fija que ni siquiera las moscas que chupaban viciosas la humedad de sus cuencas hundidas eran capaces de alterar. Me recordaban los ojos de los animales que vi brillar una noche en la oscuridad de Massai Mara, durante un safari que hice en Kenia. Yo sólo la toqué una vez, en la frente, porque me parecía increíble que su cuerpo huesudo y reseco fuera capaz de producir la humedad que lo cubría, pero sí que podía.

Según Aurora, la niña no murió de nada concreto. Cuando parecía que al fin iba a lograr arrancársela a la muerte, todo dejó de funcionarle a la vez. En particular los pulmones. Sus costillas, parecidas a raíces nudosas que un escultor poco hábil hubiera colocado de cualquier manera bajo la piel marrón, dejaron de subir y bajar. Se le había parado el corazón. Miré a la madre. Por su rostro demacrado y reseco descendían dos lágrimas solitarias.

—¿Cuántos hijos más tienes? —preguntó al fin Aurora a la mujer, con Selim actuando de intérprete.

—Esta nada más solamente —respondió ella, indicando con el dedo el pequeño bulto de huesos y harapos exánime en su regazo.

—¿Y tu hombre?

—El y tres hijos se quedaron allá —indicó con un movimiento de cabeza hacia el norte.

—¿Se quedaron?

—Sí, primero mi hombre y un niño. Luego una niña y después otra. Cada uno en su hoyo envuelto en la tela de muerto. Pero para esta no me queda tela. No me queda.

—No te preocupes —dijo Juan—, te daremos tela.

Estábamos todos allí. Incluso Irving, que había hecho varios dibujos de Alina y su madre.

—Podemos fabricarle un sudario con un poco de arpillera —propuso Lauro.

—Sí —pareció convenir Irving—, y que descanse para siempre envuelta en un saco con el consabido AYUDA DE LA UE.

—¿Y qué propones tú?

—Una de mis camisas.

—¿Queréis dejarlo? —intervino Aurora—. ¿Qué más da lo que la envuelva una vez muerta? Cuando había que actuar era antes.

La madre nos miraba sin entender lo que pasaba. Creo que Selim tampoco entendía, porque dejó de traducir. Por lo demás, la idea de la arpillera ha funcionado. La madre y los ancianos han pedido que les demos los sacos vacíos, para ir preparando los sudarios de futuros muertos. Pero el asunto no terminó cuando metieron a la niña en el hoyo, excavado en el montículo próximo que hemos destinado a cementerio.

Siguió a la hora de la cena. Y fue Juan el que lo reanudó.

—Nunca voy a poder entender la mansedumbre de esta gente —dijo sin mirarnos a ninguno en particular. Nos hallábamos aún sentados en torno a la mesa, incluidos Masah y Selim—. Por muy exhaustos que estén, es imposible que no les quede ni un sólo gramo de rebeldía dentro. Ni una pizca de rabia. Nada.

—¿Y de qué les serviría esa rabia? —le respondió Lauro.

—Tal vez les habría podido servir para no acabar aquí, muriéndose uno tras otro como animales, mientras nosotros jugamos a disfrazarnos de providencia.

—Yo no juego a nada —le cortó Lauro—. Y no creo que ninguno de nosotros lo haga. Ni siquiera tú. Estás cansado, por eso hablas así.

—Sí, cansado de actuar de enterrador, mientras finjo repartir ayuda humanitaria regalada por orondos ciudadanos de las metrópolis desarrolladas.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Para el carro! Que yo sepa, nadie te ha obligado a venir. Y si quieres flagelarte, no nos metas a los demás en una pocilga, para hacerlo más a gusto.

Nunca había visto a Lauro tan irritado.

—En definitiva, ha salido ganando, la pobrecita —intentó mediar Aurora.

—¡Ah, no me vengas tú también con tus monsergas!

—¿Qué monsergas?

—Tu fatalismo oriental. Tu nihilismo de andar por casa. Sólo falta que le desees una buena reencarnación, vamos.

—Estás muy cansado.

—Sí, cansado de mí mismo. De todo este show. De servir de instrumento para facilitar la digestión al occidental fariseo instalado frente a un televisor.

—Se diría que es la primera criatura que ves morir —trató de apaciguarle Lauro.

—No, ni la última. Si acaso, la última que puedo ver morir con una hipocresía disfrazada de estoicismo.

—Y vuelta a empezar.

—Pero ¿vais a dejarlo ya? —intervino entonces Aurora, con voz quebrada.

—Haz caso a Aurora, Juan, déjalo ya —se le sumó Irving—. Tienes razón, pero déjalo ya.

—Miren quién fue a hablar.

—Ah, ¿también a mí me metes en ese saco? Pues bien, sí, miren. Creo que, como judío, tendría derecho a pedirte explicaciones por la alusión al fariseo, para no hablar ya de experiencia.

—¿Experiencia? ¿Experiencia en qué?

—En sobrevivir, Juan, ¿no te parece? Alguna debemos haber acumulado, en veinte siglos de vivir como refugiados.

—Ya —dijo Juan, levantándose y saliendo de la tienda.

Pero nos dejó con mal sabor de boca. Por lo menos a mí.

VI

Esa misma noche, Aurora y Juan tuvieron una explicación. Lo supe por casualidad, no porque anduviera espiándoles.

Selim y yo habíamos estado charlando un rato, con las espaldas apoyadas contra la lona de la tienda hospital. Siempre que puedo hablo con él. Es una verdadera mina de información. Por ejemplo, anoche me explicó que la desfloración de niños y niñas por un adulto no sólo es considerada normal y aceptable entre su gente, sino que forma parte de los ritos de iniciación. De ahí que ninguno de ellos se escandalice de las andanzas de Masah, que a nosotros nos resultan cada día más intolerables.

Bueno. Habíamos hecho un alto en nuestra charla, cuando oí la voz de Aurora hablándole a Juan, al otro lado de la lona. No es que estuvieran discutiendo. Al contrario, me pareció que la voz de Aurora estaba marcada por ese tono íntimo que adopta el amor.

—No, Juan, nadie te reprocha tu indignación, y menos yo —explicaba ella en ese momento—. Lo que quiero decir es que el justo, además de serlo con la cabeza, ha de serlo también con el corazón. Y no sólo ha de ser justo para con los demás, sino para consigo mismo. No es posible aceptar a los otros, si uno no se acepta a sí mismo. Y creo que tú te odias un poquito, Juan.

Esperé la respuesta de él, pero no llegó. No sé por qué, tuve la corazonada de que si en ese momento entraba en la tienda, les encontraría el uno en brazos del otro, rodeados como estaban de niños y ancianos moribundos. Selim también me miró con aire interrogador, pero me encogí de hombros y le pedí que me explicara cómo funciona la poligamia, entre las gentes de su clan.

En los días que siguieron no hubo ocasión de filosofar. El convoy de suministros que debía haber llegado hacía una semana no pudo pasar. Tras la ruptura de las negociaciones de Harar, los irregulares del caudillo del

norte han puesto cerco a Hargeisa como medida de presión. Lo supimos después que Irving se pasara dos días sin soltar el radiotransmisor, agotando casi la batería. Les dijo que necesitamos desesperadamente agua potable y medicamentos antidiarreicos y respondieron que intentarían hacérselos llegar por avión, pero que no lo aseguraban. Los clanes somalíes del norte poseen cohetes tierra-aire.

La diarrea está causando estragos entre los niños. Aurora trabaja hasta la extenuación, aunque sea en vano; cree que la epidemia se debe al consumo del líquido extraído de la charca, cuando tuvimos que reducir la ración de agua potable a un litro y medio primero y después a un litro. Juan ya había prevenido sobre el peligro de que empezaran a consumir esa sustancia cenagosa, sobre todo los niños, pero nada se pudo hacer. Por lo demás, el preparado de cloro se agotó, y las pastillas de yodo y cloro que ahora usamos pronto tocarán a su fin. Después, la única solución será hervir el agua, pero entonces tendremos mayores problemas aún de combustible, además de que ese remedio no vale para atender a tanta gente.

Y por si no bastara, el agua de la charca, un *chott*, lo llama Selim, pronto será una masa salina y herrumbrosa con la que no se podrá hacer milagros. Resultado: se acabaron los enterramientos individuales y los sudarios de arpillera. La fosa común de los niños contiene ya más de un centenar. Al principio, las madres se opusieron con furia, pero al cabo de un día entero de conferencia entre Lauro y los ancianos, con ayuda de Masah y Selim, acabaron por aceptarlo. Aunque yo creo que fueron Aurora y Juan quienes les convencieron. Irving también hace cuanto puede, desgañitándose por la radio en sus peticiones de agua. Pero sin resultados prácticos, por ahora. Yo apporto lo que me piden o se me ocurre, aunque la verdad es que me siento bastante inútil. La harina de sorgo y la leche en polvo también se están agotando, para no hablar de los medicamentos. Además, la tienda vivienda se ha convertido en segundo hospital, y ambas rebosan de niños y ancianos con los ojos infectados y la piel cubierta de hongos y parásitos. También empiezan a caer las mujeres. Aurora ya no sabe qué inventar.

VII

Lo de ayer fue el golpe de gracia. Sobre todo porque esa misma mañana Lauro y Masah habían encontrado el cauce seco del río Fafan, después de atravesar sin problemas la carretera de Jijiga a Awareh. Antes de irnos a dormir, Irving, Juan y Lauro habían dejado ultimados los planes para comenzar a excavar pozos junto al cauce seco, pues para Masah y el propio Lauro la vegetación de arbustos que aún resiste en sus orillas indica la existencia de aguas subterráneas a poca profundidad. Estábamos entusiasmados. Sobre todo Irving, que incluso calculó el número de barrenos y de tubos que íbamos a necesitar para las perforaciones.

Y entonces vino la tormenta. En realidad, yo creo que fue un huracán, aunque Lauro insista en llamarlo una tormenta de aire. Lo cierto es que el viento había comenzado a soplar desde la puesta de sol. Recuerdo que antes de quedarme dormido lo estuve oyendo ulular. Sonaba como la *bise* que sopla a veces en Ginebra, pero con ráfagas más prolongadas, tal vez porque estamos en una planicie. Y sin embargo, ni siquiera Lauro, con toda su experiencia, le dio la importancia que iba a tener. Ni Masah, desaparecido por ahí.

Irving fue el primero en reaccionar. Me despertó, sacudiéndome, y me dijo que había que asegurar la tienda si no queríamos quedarnos sin almacén. La lona temblaba por todas partes y varios anclajes se habían soltado ya. Cuando salimos de la tienda vi el polvo amarillo flotando fantasmal en la oscuridad. Un golpe de viento me tiró de rodillas y me sentí envuelto en un lienzo asfixiante que se metía ardiente por boca y narices. Me incorporé, volví a entrar en el almacén, mojé una toalla y me la enrollé como una máscara. Fuera, Irving reforzaba a martillazos uno de los anclajes, tumbado en el suelo cuan largo era y protegiéndose los ojos con la mano libre. Yo avancé tambaleándome hacia el extremo de la tienda. El viento aullaba a mi alrededor. Dos veces caí, y me desollé los

dedos en la tarea de afianzar los nudos. Luego seguí contorneando la lona en el sentido opuesto al que Irving había tomado, hasta que ambos nos encontramos. Sus ojos no eran más que dos rendijas en la máscara de polvo amarillo en que se había convertido su rostro. Parecía un diablo envuelto en azufre de pies a cabeza.

—¡Vuelve adentro! —me gritó, empujándome hacia la entrada de la tienda, que cambiaba de forma y restallaba con cada zarpazo del viento.

—¿Y tú? —le grité.

—Voy al hospital. Necesitarán ayuda. ¡Dame eso! —dijo, arrancándome la toalla de la cabeza de un tirón.

—¡Yo también voy!

—¡No! Tú te quedas aquí, cuidando de que esto no vuele —me ordenó, al tiempo que me lanzaba de un empujón al interior del almacén.

Aseguré los pasadores de la tienda y me puse a recorrer el perímetro interior sin descanso, examinando el estado de cada anclaje. Por las rejillas de ventilación penetraban rociadas de polvo amarillo y hube de renunciar a mantener encendidas las dos lámparas, sirviéndome únicamente de la linterna. El viento mugía cada vez con mayor furia, y cuando su ulular disminuía, se oía a los perros ladrar enloquecidos. Al final, exhausto, me acurruqué en el rincón donde Irving tenía el radiotransmisor, después de cubrirlo con un par de sacos vacíos. Así debí pasar varias horas.

—Una de las tiendas se ha perdido —me anunció Irving cuando regresó, después que el viento hubo cesado afuera. Se limpió la cara y el cuello con un poco de agua y una toalla, y dijo: —Vamos, hay que ocuparse de esa gente.

Había amanecido. Lo primero que vi, entre la polvareda suspendida en el aire como una nube de mostaza, fueron los restos de la tienda que había servido de vivienda. Los tubos de sustentación habían cedido, y pedazos de lona rasgada colgaban de ellos. Los catres que habían podido salvarse colmaban la tienda hospital, en la que se amontonaban cuerpos inmóviles en las posiciones más inverosímiles.

—Vaya, reapareció el benjamín —dijo Lauro al verme llegar.

Aurora apartó su cabeza del hombro de Juan, sobre el que parecía dormir, y me tendió una bolsa con medicamentos, poniéndose trabajosamente en pie.

—Ven —me pidió—, vamos a ver qué se puede hacer ahí abajo, ahora que hay un poco de luz.

Para mi sorpresa, las chozas improvisadas al abrigo de los arbustos habían resistido bastante bien el huracán. Muchas habían perdido la lona impermeabilizada, pero entre los revoltijos de ramas y pieles de cabra encontramos a gran parte de los refugiados. Otra cosa fue el estado en que los hallamos. El polvo había acabado de cegar a buena parte de ellos. Los ojos de numerosos niños y ancianos eran costras de barro amarillento. Las mujeres habían escapado mejor libradas, envueltas en sus velos. Pasé varias horas junto a Aurora, ayudándole a lavar y desinfectar como podía tantos rostros y párpados tumefactos.

—Si no recibimos medicinas hoy mismo, muchos se van a quedar ciegos —me dijo mientras subíamos hacia el hospital, bien pasado el mediodía. Había en su voz un desaliento que antes jamás había exteriorizado.

Las noticias que Lauro nos dio no eran mejores. La instalación de letrinas había quedado reducida a dos costurones malolientes un poco más oscuros que el suelo que los rodeaba. Los bidones en que estábamos tratando el agua para hacerla potable eran masas de barro. Irving llevaba un par de horas intentando en vano establecer contacto con Hargeisa. Y Juan, Masah, Selim y su banda de chicos y chicas llevaban contados ciento sesenta cadáveres, en su mayoría niños y un par de docenas de mujeres y ancianos, cuando Lauro se separó de ellos para unírseles. Juan era partidario de incinerar, evitando así que los perros escarbaran en la fosa común y devoraran los restos, pero los ancianos se habían negado.

Lauro preparó té mientras Aurora y yo nos ocupábamos de acomodar lo mejor posible a los niños refugiados en el hospital. Dos de ellos estaban agonizando, ante los ojos sin expresión de sus madres.

Estábamos tomando el líquido caliente cuando Irving llegó llamando a Lauro a grandes voces.

—¡Tú! —me gritó a mí—, ve inmediatamente a buscar a Juan.

No tuve que ir muy lejos; él y Masah subían ya hacia el hospital, con la ropa hecha jirones y expresión de boxeadores sonados.

—Casi no hay tierra con la que cubrirles —dijo Juan por todo comentario—. El viento ha convertido el montículo en un pedregal.

Por primera vez caí en la cuenta de que andábamos prácticamente sobre un suelo de guijarros. El viento se había llevado la arena. En cambio, las moscas hacían su reaparición por doquier, más voraces que antes.

Luego todo fue muy rápido. Irving había conseguido al fin contactar con la sede de Hargeisa, y tan pronto como lo hizo le ordenaron que

levantáramos el campamento y partiéramos lo antes posible para el sureste, en dirección a Warder.

—¿Warder? ¿Por qué Warder? —preguntó Juan, cuando Lauro nos comunicó la novedad.

Irving y Masah estaban alistando ya el Nissan todoterreno.

—Porque allí está el enlace con la carretera que lleva a Hargeisa desde el sur —explicó Lauro—. Dicen que tratarán de enviar una patrulla con gasolina para que se nos una allí, aunque no lo garantizan. La situación se deteriora muy deprisa.

—Pero ¿qué vamos a hacer con ellos? —intervino Aurora, abarcando con un movimiento de mano tanto a los acogidos en el hospital como a los otros, los amontonados en las chabolas semiderruidas.

—Nada. No podemos hacer nada por ellos —respondió Lauro con sequedad.

—O sea, que los abandonamos a su suerte —concluyó Juan.

—¡Sí, sí, los abandonamos! Esa es la orden, precisamente —admitió Lauro, con voz exasperada—. Abandonar esto, antes de que lleguen los irregulares y nos masacren a todos. Una de sus columnas estaba a menos de una hora de aquí, la última vez que fue vista. Y vienen por la carretera de Jijiga, ¿comprendéis? Por la carretera, no a campo través.

—Precisamente por eso debemos quedarnos —dijo Juan.

El Nissan se detuvo ante la tienda, con chirriar de frenos. Irving y Masah se nos unieron y Aurora les pasó una taza de té a cada uno.

—¿Y bien? —quiso saber Irving.

—¿Habéis empaquetado? —le preguntó a su vez Lauro.

—Todo lo que podemos necesitar está en el vehículo.

—Entonces, vamos —ordenó Lauro, levantándose con esfuerzo del cajón donde estaba sentado.

—Yo me quedó —anunció Juan.

Se había quitado los lentes y los limpiaba con el faldón de la camisa.

—¿Que te quedas? —se asombró Irving.

Masah también le miró, incrédulo.

—Sí. Alguien tiene que estar aquí cuando lleguen esos bárbaros. Alguien con la piel bien blanca. A veces eso les cohíbe más que la presencia de todo un contingente de nuestras inútiles fuerzas de pacificación.

—Es una locura —dijo Irving, dando media vuelta y saliendo de la tienda.

—Quizá.

—No —intervino Lauro—. Lo que ocurre es que eres un jodido mártir. Siempre has querido serlo, y ahora se te presenta la ocasión. Dentro de un par de semanas estaremos de vuelta a petición de los propios irregulares, para seguir alimentando y curando a los que dejen vivos.

—Tú y tu pragmatismo —le replicó Juan. Y dirigiéndose a Aurora, añadió: —¿Quedan medicamentos?

—Unas pocas sulfamidas —dijo ella—. Pero ¿qué vas a hacer tú solo aquí, Juan?

—¿También tú, Aurora? ¿Tan difícil es entenderlo? Estoy cansado, simplemente. Cansado de irme de todas partes. Cansado de abandonar la partida sin haber resuelto nada. Esta vez voy a quedarme hasta el final. No es heroísmo, sólo cansancio. ¿O también tú crees que lo hago por soberbia?

Les vi mirarse un instante a los ojos. Recordé la emoción que había detectado en la voz de Aurora, la noche que les sorprendí sin quererlo.

—No, Juan, yo no —respondió ella—. Haz lo que te dicte el corazón.

—Gracias —me pareció que sonreía Juan—. Y además, me quedan Selim y sus huestes, no te olvides.

—Claro.

Irving entró de nuevo, cargado con el radiotransmisor. Lo dejó a los pies de Juan y le tendió la mano.

—Sabes manejarlo, ¿no?

—Desde luego. No te preocupes.

Se estrecharon la mano y vi que la de Irving temblaba.

—Buena suerte —dijo.

—Gracias.

—La vas a necesitar —apostilló Lauro, tendiéndole a su vez la mano.

—Ya lo sé.

Masah hizo otro tanto y los tres salieron.

Yo no sabía qué hacer.

—¿Qué esperas, Albert? —me ayudó Juan.

—Es que...

—No te preocupes, hombre. Verás cómo volvemos a encontrarnos, dentro de unos días. Aquí os espero.

Pero me pareció que ni él mismo lo creía. Le estreché la mano en silencio y di media vuelta.

—Lamento que no hayamos tenido más tiempo —oí que Juan le decía a Aurora.

—Ya nos hemos conocido bastante. Lo demás acabaría por cansarnos.

—No digas eso.

Durante unos segundos no oí nada. Luego Aurora llegó a mi altura y dijo:

—¿Vamos?

Su voz era tan queda que casi no la entendí.

Subimos al vehículo. Irving estaba al volante y Lauro se había instalado junto a él. Nosotros ocupamos con Masah el asiento trasero. Juan apareció en la puerta de la tienda hospital. En ese momento, Selim, que había llegado a todo correr, señaló algo a Juan, apuntando con el brazo hacia el noroeste. Irving hizo girar el todoterreno y pisó el acelerador, para meter la segunda velocidad. Por la ventanilla vi a Juan: estaba inmóvil, con la cabeza erguida y la vista clavada en el horizonte. Me pareció distinguir una nube de polvo avanzando en esa dirección, antes de que Irving lanzara nuestro vehículo en sentido contrario, rumbo al sur.

VIII

Una tarde de octubre Aurora me telefoneó a mi piso de Ginebra. Quería recordarme que al día siguiente se inauguraba la exposición de Irving, dijo, y añadió:

—Mañana se cumple un año. Vendrás, ¿verdad?

—Desde luego.

Tenía razón. En unas horas se cumpliría un año desde que viéramos por última vez a Juan. Nadie había vuelto a saber de él después de aquel día. En Hargeisa, donde llegamos al cabo de una semana de marcha accidentada, nos dijeron que todos los intentos por dar con su paradero habían sido vanos. Ni siquiera les habían confirmado que estuviera con los refugiados cuando llegó la columna de irregulares. Tampoco pudieron averiguar la suerte corrida por Selim. Luego la situación se complicó más de lo previsto y fue imposible volver a la zona. A mí me enviaron de vuelta a Ginebra antes que a los demás. Creo que Lauro y Aurora se quedaron más tiempo en el norte de Somalia, haciendo su trabajo y tratando de obtener noticias de Juan. En todo caso, yo no les había vuelto a ver, cuando me llegó la invitación de Irving para la exposición que inauguraba en una prestigiosa galería.

Y allí estaban los tres, al día siguiente. Aurora y Lauro más viejos, más gastados que hacía apenas unos meses. Irving, en cambio, había ganado peso, no obstante lo mucho que había trabajado, según nos dijo y confirmaban las fechas de sus obras expuestas. Había un poco de todo. Dibujos de los que había hecho en el campamento. Algunas pinturas con escenas de la vida nocturna ginebrina, en general hombres y mujeres en escorzos atormentados. Media docena de esculturas, entre las que destacaba la de un perro de enormes fauces.

Irving y Lauro iban delante, comentando las obras, y Aurora y yo les seguíamos a unos pasos. Aurora me había tomado del brazo como para

apoyarse en mí. Sentí que me lo apretaba, cuando llegamos ante la escultura de un hombre de tamaño natural. A diferencia de las restantes, esculpidas en madera, esta era de escayola y tenía algo de inacabado, a pesar de la capa de polvo que la cubría. Pero no fue eso lo que nos dejó inmóviles y mudos ante la figura. Fueron sus rasgos claramente discernibles, coloreados incluso con delicadeza en los labios, los pómulos y los párpados, bajo los lentes sin cristales.

Era él.

© Eugenio Viejo

2005 - 2016



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Róterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Róterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboristas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.